

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN JORGE

BIOGRAFÍA
DEL DIBUJANTE BARCELONÉS
APELES MESTRES Y OÑÓS

POR
DON JOAQUÍN RENART GARCÍA
ACADÉMICO NUMERARIO



BARCELONA
1955

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN JORGE

BIOGRAFÍA
DEL DIBUJANTE BARCELONÉS
APELES MESTRES Y OÑOS

POR
DON JOAQUÍN RENART GARCÍA
ACADÉMICO NUMERARIO



BARCELONA
1955

Para solemnizar el Centenario del nacimiento del notabilísimo artista Apeles Mestres, la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge acordó la publicación del presente escrito en homenaje al que fué destacado miembro de tan docta Corporación, haciéndoseme el honor de que sea el encargado de tal cometido, que cumplo gustosísimo con toda la estima y admiración que sentimos por tan preclaro artista.

Contribuiremos a la vez, en noble gesta de la Academia, a sacar del olvido de la generación actual la personalidad tan destacada, popularísima en su tiempo, de tanto valor representativo en sus innúmeros aspectos de ciudadanía, artista dibujante y notable ilustrador, ejemplo de voluntad y de constancia, hombre de letras, exquisito poeta, comediógrafo, de rico anecdotario, trabajador infatigable, gran humorista con la pluma y con el lápiz, hombre leal y sincero, coleccionista, de conversación siempre amena e interesante, cuentista y traductor, músico sensible, floricultor y rey de las hortensias, amante de toda tradición, de memoria privilegiada, noble y patriota, amigo y devoto de todo lo sincero y de todo lo bello.

Orgullo de nuestra patria, fué su padre el arquitecto de la Catedral, don José Oriol Mestres, personalidad barcelonesa de gran prestigio, arquitecto a la vez del Gran Teatro del Liceo y de innúmeras colectividades así civiles como religiosas. Barcelona básica, de calles estrechas y alumbrado de aceite, de cuentos al calor de la lumbre, como aquél tan miedoso del:

—*Marieta, Marieta, ja sóc a la primera escaleta...*

¿Quién fué Apeles Mestres? Situémonos en el año 1854, al dar las doce de la noche del 29 del mes de octubre, solitarias las calles, en todas partes una oscuridad que daría espanto, la ciudad amurallada, reinando Isabel II. Situémosle en el barrio de la Catedral donde nació.

Callejón de San Felipe Neri, la Casa Vella contigua a la del *fosser*, torre mirador del Palacio Episcopal, piedras centenarias y evocativas, campanarios y gárgolas, historia que pasa. Año de bullanga y de epidemia del cólera.

Este es, y será, el ambiente de Apeles Mestres en su nacer a la visión artística y tradicional que tanto habrá de influir en su vida toda, y en sus fantasías medievales que más tarde se verán traducidas en sus dibujos de intimidad, en buena parte de sus ilustraciones, en historietas y cuentos de castellanas y trovadores, en frisos y orlas, en iniciales repetidas una y cien veces.

Gárgolas de su Catedral querida, y naves, muros, galería y Coro que con su buen padre le impresionaban cada día. Emotividad de la Cripta de Santa Eulalia patrona de Barcelona. Austera severidad de los sarcófagos de Berenguer el Viejo y de Doña Almodis. Las tallas de las Misericordias del Coro catedralicio. Los paseos por el Claustro, forjándose leyendas guerreras ante las rejas magníficas cual lanzas triunfales. Los personajes de los retablos góticos. La cabeza del moro suspendida de lo alto del órgano. La fuerza escultórica de los relieves y tallas de Bartolomé Ordóñez. Puertas de La Piedad y de San Ivo. Barcelona estaba aún dentro su cáscara de huevo y el mundo era lejos, muy lejos.

Apeles Mestres, nacido dentro un localismo conservador y en las prácticas del canon y de la escolástica, se arranca por el dibujo satírico y de fina agudeza, se revuelve contra las disciplinas de determinada carrera, ve el mundo a su manera y no se cansa de dibujar. Dibuja todo cuanto se le pone a tiro, no importa el qué, porque todo es materia de estudio. Y descubre las maravillas del pequeño gran mundo. En una hoja seca ve un rostro de expresividad. En una nube unos corceles que corren. La fantasía marcha a gran tren. Discípulo de Claudio Lorenzale y de Luis Rigalt, pronto advierte los opuestos criterios de ambos, que Apeles Mestres, libre de prejuicios, se adapta más con los del maestro del paisaje y de la perspectiva.

Cuando la formación se madura, Apeles Mestres surge como gran ilustrador que es. Hombre documentado y de consulta, puede poner en sus dibujos todo aquel acompañamiento que será la sal y la gracia de nuestro artista: fondos deliciosos, animales caseros, florecitas del campo, muebles y atuendos, el lenguaje de las viejas piedras, con el pajarillo que vuela y la hierbecita que asoma.

Los dibujos de Apeles Mestres no sabríamos decir si influenciados de Vierge o también de aquella simplicidad y elegancia francesas, sí podemos afirmar que son inconfundibles. Su paternidad es manifiesta. Tuvieron originalidad y podríamos distinguirlos entre millares de otros autores. Seguridad y dominio. Cuando el dibujante apunta y esboza, ya va sobre seguro. Mayormente cuando el dinamismo de determinadas figuras se traduce en posiciones de alto valor de obser-

vacación, donde no hay modelo posible. Otra característica de Apeles Mestres es su barcelonismo de pura ley, o si queréis, su ambiente donde se mueven escenas y figuras. La indumentaria también juega un papel importante.

Su innata fantasía le hace destacar en el cultivo de la caricatura porque puede acusar, reformar y subrayar todo cuanto el artista necesita caricaturizar. En sus álbumes de infancia tal preferencia se manifiesta. Cuando se lanza en plenitud surge el gran caricaturista. Lástima que enfundiendo y agotando temas, cual el político, se aparta de la piedra fundamental de su arte de ilustrador. Pero aquello pasó.

Apeles Mestres con su rico bagaje, hombre de vida moderada, sencillo y optimista, sin desatinos ni espectacularidades, feliz dentro su templo familiar y de trabajo, fué todo un ejemplo. Porque también esa su virtud del trabajo deberíamos cantarla en tono mayor, como una gran lección, ya que buscaba en el mismo trabajo el descanso apetecido. Era cuando Apeles Mestres, libre ya de su labor cotidiana durante años arrolladora, daba rienda suelta a sus fantasías y dibujaba por el solo placer de dibujar y retener cuanto en su febril imaginación veía en imágenes vivas.

Ya veis con cuántos aspectos se podría estudiar la personalidad de tal maestro. Maestro en múltiples facetas, nos enseñó de perseverancia, del amor al estudio, de admirar las pequeñas grandes cosas, de saber ver, no la fealdad que se nos enfrenta, sino la belleza que en todas partes se manifiesta.

Apeles Mestres, como un tiempo el poeta Angel Guimerá, vivió más de un Homenaje, en eclosión de devotos y admiradores, en desfloramiento de valoraciones y facetas del artista homenajeado. Pero el que motiva el Centenario de nuestro artista ha podido ser un Homenaje con mayúscula, diríamos por encima del tiempo, ya de figura incorporada a la Historia de nuestro arte nacional contemporáneo.

Podríamos extendernos en acusar destellos de tanto joyel reunido. La época de la Exposición Universal del 1888, tan pródiga y activa para Apeles Mestres. La de sus colaboraciones aquí y fuera de aquí. La de sus influencias sin sospecharlas. Y aquella su Barcelona del primer tiempo del Ensanche (el Desierto, como le llamaban los barceloneses que vivían dentro el casco antiguo), que había campos de trigo y fuentes naturales, y los rebaños de corderos pacían a la buena de Dios. Porque Apeles Mestres vivió la gran transformación de la ciudad, y de todo se percató y le movió interés. Urbanización del Tibidabo. Parque de la Ciudadela. Jardines públicos. Y su plácido hogar del Pasaje Permanyer, flor del Ensanche.

También esos primeros tiempos del Ensanche barcelonés, pintoresco y ambicioso según el Plano Cerdá, influyeron en el complejo

artístico de tan sensible artista. Amapolas y margaritas, con segadores y pastores completaron la visión que hoy apenas nos podemos figurar. Personaje bien representativo de su época, que nace el mismo año que se derriban las murallas que oprimían la Barcelona de antaño, producto entre el pasado y el presente que ha visto el crecimiento de la gran urbe, con todos sus vicios y sus innegables virtudes.

Su figura, repetimos, abarca una época que deriva hacia la total transformación de la ciudad, en gran contraste. Es la diligencia y el auto modernísimo. La luz de aceite y los grandes focos eléctricos. Las murallas y la ciudad extendiéndose montaña arriba. Patriarcalidad de una generación de arquitectos, llena de recuerdos y de vivo anecdotario. Campos de trigo con huertos y masías a ambos lados de lo que se llamaba Paseo de Gracia, y hoy día edificios de ocho pisos con todo el confort moderno. Conciertos matutinos en el Prado Catalán por los Coros de Clavé, y las grandes audiciones musicales de hoy en día. Romanticismo, academismo, modernismo fin de siglo, impresionismo, con el cubismo y lo abstracto en la puerta. Municipales con tricornio y sable en el cinto que daban la morcilla fatal a los perros callejeros, y los flamantes urbanos de hoy que regulan todo el inmenso tráfico... Todo ello formó la gran personalidad de Apeles Mestres.

"El Llibre Verd" y sus álbumes íntimos.

X Sabido es por algunos la existencia de ese valioso "Llibre Verd", de Apeles Mestres, conteniendo innúmeros dibujos del artista, donde toda idea o pensamiento, al margen de su labor cotidiana, quedaba allí gráficamente expuesta. Empieza el año 1874.

Tomó el nombre por el color verde de su encuadernación, "Llibre" en gran formato, serie de hojas ilustradas que sucesivamente se iban encuadernando y formando un núcleo importante, hoy día en posesión del Archivo Histórico de la Ciudad por legado especial.

En tan nutrida colección del "Llibre Verd" se retrata a maravilla toda la traza del dibujante y su humorismo y perspicaz observación. Anotar, aunque sintéticamente, todo cuanto el "Llibre Verd" contiene sería tanto como un curso de historia contemporánea. Pasan por allí sucesos, modas, escenas barcelonesas, agudas caricaturas, el génesis de su "Granizada", historietas, fauna y flora, primeras ideas de ilustraciones, retratos, notas de viaje, política nacional y la local de su tiempo, temas internacionales, el Cólera y la Peste, fantasías y realidades, siempre con aquel trazo a la pluma tan seguro y personal de Apeles Mestres. Abundan también los dibujos e historietas de

niños, con curiosas indumentarias. El traje escocés se estilaba mucho por entonces.

Con los dibujos a la pluma surgen algunas páginas acuareladas donde el sentido del color y la agilidad y técnica del procedimiento revelan en su autor un verdadero acuarelista. Es la herencia de nuestros destacados artistas ochocentistas, verdaderos ases de la acuarela.

Respigando en el "Llibre Verd" se podría encontrar material abundante para diversas publicaciones de un interés festivo, artístico y general, extraordinario. Incluso a manera de glosario escolar de buen tono, en homenaje a nuestros valores que fueron.

Cuando en mayo de 1875 retorna Apeles Mestres de su viaje por Andalucía pertrechado de apuntes y observaciones, revive su soldadito de cartón, su pajarita de papel y sus animalitos que serán el tema constante del "Llibre Verd". ¿Qué podía significar ese soldadito a tambor batiente, y la pajarita que no faltaron nunca en ninguna de las cabeceras anuales del "Llibre Verd", juntamente con el autorretrato y sus animalitos predilectos? Tal vez un resumen de su fantasía juvenil, o la marca de sus aficiones de coleccionista de juguetes, siempre en optimismo creciente.

Hojeando las páginas de su "Llibre Verd", como también la colección de álbumes de nuestro artista (igualmente en posesión del Archivo Histórico de la Ciudad, formando parte del legado Apeles Mestres), vemos su superior producción artística, la que más le retrata y caracteriza. Son dibujos al margen de todo encargo y de toda exigencia editorial, donde la vena inagotable del dibujante corre alada y segura con dinamismo ejemplar, y todo se registra y adquiere valor. No hay fatiga ni ligadura. El ingenio, la espontaneidad, la nota al vuelo, la fantasía y la realidad toman cuerpo dentro aquel rasgueo de gran artista y fino observador.

En los mencionados álbumes se registran apuntes muy interesantes de su viaje a Valencia en 1873, de Mallorca en 1877, de sus excursiones por Madrid y otras ciudades de Castilla. De sus correrías por tierras de la Mancha en búsqueda de elementos para su ilustración del "Quijote". También de su estancia en Polanco, huésped del gran novelista José M. de Pereda, ambientándose para mejor ilustrar su "Sabor de la tierra".

Magníficos los dibujos de sus veraneos en Caldetas donde el tema marinerio tiene allí buen documental. Asimismo los de sus excursiones por Suiza con el imponderable Pompeyo Gener. Y los más juveniles datados en 1869 de sus estancias en Cervelló huyendo de la Fiebre amarilla, y en Torelló, donde entre el tipismo popular destaca aquel párroco de Orris con su gran paraguas encarnado montado en un borriquillo, cual lo hemos visto más tarde reproducido en la popularística de las figuras del Belén tradicional.

A señalar también los dibujos tintados en sepia, tal vez para mejor fijarlos, del álbum de 1871. Se desborda ya su gran afición animalística, y en especial al tema perruno que se los dará abundantísimos. Surge entonces el del perro espulgándose que tantas veces ha sido copiado y aun groseramente apropiado.

En julio de 1873, en plena guerra civil, encontró heroica muerte en Alpens el brigadier Cabrinety. Dicho militar fué padre del notable dibujante al cual algún día se tendrá que revalorar su interesante producción artística. Apeles Mestres fué buen amigo de los hijos del malogrado brigadier, y en los álbumes de la época anota dicha buena amistad y grafía, entre otros, el acto de inauguración, en Puigcerdá, del monumento a Cabrinety.

Artista de múltiples facetas.

Dentro la personalidad polifacética de Apeles Mestres, poeta, prosista, comediógrafo, dibujante, caricaturista, jardinero, músico, coleccionista, hombre de ingenio, excursionista, nada ofusca su cualidad máxima de dibujante ilustrador, y en tal especialidad quisiéramos ahondar porque estimamos que es donde nuestro artista se supera y se sitúa entre los mejores dibujantes de nuestro país.

Apeles Mestres fué en efecto figura polifacética, del fuste de aquellos artistas del Renacimiento italiano maestros en tantas y nobles cosas. Del poeta exquisito que canta y rima sin arpegios ni complicaciones se podría hablar largo y tendido. Lo han hecho y lo harán críticos competentes. En su vena poética se halla una personalidad bien definida, el artista y el observador, el enamorado de todo lo bello, que canta y vuela sin dejar de admirar las maravillas de la madre tierra. Asimismo de su prosa jugosa y abundante. Y del comediógrafo sin casi pretenderlo, instado por el propio Federico Soler que le decía que en sus Idilios y Poemas había todos los elementos para hacer buen Teatro. Y triunfó en la escena. Basta sólo citar "La Sirena", con toda su sarta de Marinas; "La Rosons", musicada por Morera; "Gaziel", por Granados; "Joan de l'Os", "Nit de Reis", etc.

Apeles Mestres, cual le sucedió con el teatro, derivó también sus facultades en el cultivo de la música. Podría decirse que la canción fué cosa innata en Apeles Mestres. Enamorado del *lieder* resumía su credo musical en tal especialidad. Huyó siempre de ruidos y estridencias. Es por ello que sus músicos favoritos fueron, con los clásicos italianos, Mozart, Haydn, Schumann y Schubert. Como la cosa más natural compuso más de un centenar de canciones musicando sus poesías. Las guardaba sin decir nunca nada a nadie de esa su actividad, o para mejor expresarnos, de su válvula de filarmónica expan-

sión. Su buena esposa le había profetizado los éxitos que más tarde obtuvieron tales canciones al ser prodigadas en público.

De sus actividades en el campo de la excursión, de sus afanes de coleccionista, y de sus reconocidos conocimientos del arte de la Jardinería, ya mucho se ha dicho de ello, completando su fuerte personalidad en tantos y variados aspectos.

Pero hemos de ahondar aun más en la excelencia del dibujante, ya manifestada desde los principios de su carrera artística. Tuvo la vocación del dibujante que le atrae todo y en todo halla materia abundante para retenerla. Fiebre del dibujo en su más noble exaltación. En su famosa "Granizada", glosa del año, donde cuatro generaciones se han nutrido en ella, hay el fermento de su hábil y fino humorismo, el génesis de su obra de excelente ilustrador: los cuentos e historietas, sus preferencias por la fauna y la flora, sus alegorías, su ramillete de tipos y escenas diversas, sus estudios psicológicos. En dicha "Granizada" hay además rico manantial donde tantos dibujantes se han abrevado en él. Vemos allí, magníficamente grafiada, la trilogía que más tarde le sería grabada en piedra, verdadero retrato del artista: *Amigo de los niños, de los pájaros y de las flores*.

Por cierto que uno de sus más caros amigos, el poeta y dramaturgo Ignacio Iglesias, sintió igualmente tales afectos y por eso se compenetraron tan profundamente. Más expresivo que Apeles, fué Ignacio Iglesias una viva emoción. Y era de ver como durante el recitado de algunas de sus poesías o en la fogosa peroración del dramaturgo, se le velaba la voz y sus ojos se le humedecían.

Volviendo a la "Granizada", aun hoy son cuadernos del más castizo interés. Más tarde vendrán sus "Cuentos vivos", sus ediciones populares, las historietas del "Llibre Verd" donde el dibujo no necesita leyenda alguna. Vendrá su ininterrumpida serie de dibujos e ilustraciones que pondrán el nombre y prestigio de Apeles Mestres en merecida devoción. Ya hemos aludido al período magnífico que va del 1880 al final de siglo. Algunos de sus más intencionados dibujos resisten el análisis más severo. Son todo un tratado de dibujo sintético, movido, de trazo expresivo y de singular señoría.

Se lo disputan empresas y editores. Es el artista mimado y preferido, porque su sola firma es sinónimo de éxito.

Precursor diríamos de Walt Disney, plantas, animales, piedras y árboles hablan un bien entendedor lenguaje. Se mueven, raciocinan y nos atraen haciéndonos asistir a sus diálogos y emociones.

¡Qué excelente artista fué Apeles Mestres! Sin duda su múltiple labor le perjudicó al desbordarle en un trabajo agotador, privándole de legarnos algunas obras de gran alcance y de maduro resumen. No tuvo más tiempo para realizarlas el maestro que fué, el culto artista de sensibilidad y pensamiento, el que recogió tantas y tantas facetas en su indiscutible personalidad.

Otros destacados maestros del Dibujo.

Sería imperdonable si al hablar del dibujante Apeles Mestres nos olvidáramos de situar dentro su época y sus respectivos ambientes, a otros maestros del dibujo, algunos tan superiormente destacados. Cataluña ha sido pródiga en tal arte, y en un espacio relativamente corto vió surgir una pléyade de dibujantes ilustradores, con marcada personalidad, que bien merecen se les recuerde con verdadera admiración. Y decimos con personalidad propia, porque se apartaron en sus producciones de aquel conjunto y realización que eran moda en Revistas y Monitores de la segunda mitad del pasado siglo, que lo pulido estaba por encima de lo fugaz y dinámico. Irrumpieron nuestros artistas ilustradores con otras fuerzas y otra visión. Los escenarios y sus personajes se hicieron más vivos, más movidos, diríamos menos literarios.

¿Quién no recuerda los dibujos litográficos de Eusebio Planas, autor de tanta y buena ilustración para Novelas y Novelas por entregas? Eusebio Planas ahondó en el espíritu de la sociedad de entonces, captó en su clase media y en las populares, y supo impresionar también la miseria del mundo de las bajas capas sociales. La elegancia fué su fuerte. Su producción más que vastísima. Fué el artista que se disputaron todos los editores porque sabían que tras él iba el éxito. En París triunfó de manera brillante y merecida. Cuando se revise su obra, bien seleccionada en su indudable calidad, podrá verse el valor de dicha obra de ilustrador dentro el ambiente y los gustos de la época. Sus coloridos muy justos y acurados.

Tomás Padró, que murió muy joven, era artista de gran fogosidad y de estilo personalísimo. Supo captar en los temas populares y fué maestro en la composición. Su labor, enorme, siendo tal vez el exceso de producción, en su grado máximo, lo que le condujo tan tempranamente al sepulcro. Las ilustraciones de las poesías de Federico Soler (Pitarra), ponemos como uno de los ejemplos, resisten la crítica más exigente. Si como caricaturista era de gran intuición satírica, como costumbrista aun se superó. Y un revolucionario de su arte. Era entrañable amigo de Apeles Mestres, el cual le heredó en su arte de caricaturista.

Ramón Puggarí es otro cantar. En la rebúsqueda de tipos y actitudes encontró un camino de éxitos. Originales para los cromos en boga, figuras y escenas para linterna mágica, y también para material de propaganda. Dibujó asimismo grandes escenas de temas locales, animados y bien observados. La mayoría de tales dibujos fueron iluminados con aquella corrección ochocentista tan peculiar.

De Ramón Puiggarí se guardan grandes álbumes repletos de

figuras y grupos caprichosos, graciosamente dibujados y coloridos. Figuras y grupos que al ser reproducidos hicieron la delicia de las generaciones de la segunda mitad del pasado siglo.

Artista de gran valía, demasiado olvidado por la generación actual, fué el dibujante José Luis Pellicer, de gratísima memoria. En su especialidad de repórter gráfico ocupó un primer lugar, como así lo demuestran sus campañas durante la guerra carlista y en la ruso-turca, nutriendo las páginas de la "Ilustración Española y Americana" con valuosos y abundantes apuntes que son a la vez verdaderos documentos.

Gran dibujante ilustrador, de natural cultura, sabe llenar perfectamente los espacios y sitúa las figuras con singular maestría. Fué también Pellicer un artista documental de la Barcelona básica y de los sucesos más importantes que se registraron en su época. Hombre de corazón, Asesor artístico del Ayuntamiento de Barcelona, Director del Museo de Reproducciones lastimosamente suprimido hace años, prohombre de las Artes del Libro, su obra toda responde a sus caros sentimientos de artista. Labor también copiosísima, característica de los buenos artistas que rememoramos, adalides en su ejemplaridad de trabajo.

Jaime Pahissa es tal vez el más olvidado, y con todo, fué un dibujante meritísimo. En las páginas de la "Ilustració Catalana" que editaba el pulcro poeta Francesc Matheu, prodigó sus dibujos de escenas populares, siempre jugando el paisaje el cual era su gran especialidad. Pero si en las ilustraciones destacó en maestría, siempre con modestia ejemplar, se supera cuando aborda el paisaje en toda su amplitud y penetración. No se pueden olvidar sus grandes dibujos al carbón, de trazo perfecto y viril, realizados cuando el artista se hallaba ya en plena madurez. Dibujos de grandes escenarios, de bosques frondosos, de troncos y ramajes de leyenda. Temas difíciles que captaba del natural y que el lápiz de Pahissa supo extraerles secretos y emociones. Hoy día dichos dibujos al carbón son buscados por los coleccionistas como oro en paño.

Otro dibujante al que no hay que olvidar es Luis Labarta, el padre de nuestro admirado artista Francisco Labarta Planas, nieto a su vez del gran ilustrador Eusebio Planas. Luis Labarta colaboró un sin fin de veces con el maestro Soler y Rovirosa, dibujando figurines para obras de gran espectáculo. Dibujante con personalidad, tiene igualmente un trazo inconfundible, en sus escenas de tipo casero, del mundo femenino, y en ilustraciones para novelas y revistas.

Según la época lo reclama, los dibujos a la pluma, que nuestros artistas manejan con soltura y gracia, suplen a los dibujantes litógrafos, en los cuales Tomás Padró y Eusebio Planas fueron maestros en tal género.

Gabinethy

Mariano Foix, el más joven de todos, se especializó con sus páginas vividas de "La nostra gent" publicadas en el semanario "L'Esquella de la Torratxa". Son dibujos de gran observación psicológica, más trabajados y caseros, pero llenos de carácter y muy personales. También destacó en la ilustración de libros, superándose en los dibujos para "La Niña Dorrit", del novelista inglés Carlos Dickens, que tanto le acreditan.

Podríamos aún añadir en esta lista a otros maestros del dibujo cual el admirado Luis Rigalt, el más viejo de todos, destacado dibujante paisajista que la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge posee, por legado directo, una nutridísima y valiosa colección de sus dibujos, la mayoría documentales, del más alto interés, y donde se pone a prueba la pericia y sensibilidad de su autor, que se avanza en algunas obras a su tiempo y nos ofrece notas de positiva modernidad dentro su campo del paisaje. Pero no hemos querido salirnos del radio exclusivo de nuestros dibujantes netamente ilustradores.

Todos y cada uno de ellos fueron amigos y compañeros de Apeles Mestres, que a su vez los tuvo en gran estima y admiración. Epoca interesante de nuestro renacimiento artístico que pudo ver reunidos, en cantidad y calidad, un tan rico joyel de verdaderos dibujantes.

El ilustrador.

Apeles Mestres fué ante todo un gran artista ilustrador. Su época de mayor interés artístico podemos señalarla entre 1880 y 1890, década febril donde se afirma la personalidad de nuestro biografiado. La mayoría son dibujos a perfil sólo, sin sombra alguna, dibujos que ambienta con fondos exquisitos, de fino trazo, vividos y perfectamente observados. Recordemos los realizados a través de los vidrios de su casa de la Gran Vía, en 1886. Epoca ascensional del artista, diríamos en juvenil maduridad. Empresas, revistas y editores lo solicitan de continuo. Su "Granizada", en cuadernos mensuales de 1880, es el pórtico de tal ascensión.

Entre sus mejores ilustraciones podemos señalar las de la novela de José M. de Pereda "El sabor de la tierruca". Sus famosos "Cuentos vivos" que tanta popularidad habían de alcanzar. La serie de los "Episodios Nacionales" de Pérez Galdós que, a despecho del novelista, no pudo completar. Las intercaladas y sabrosas ilustraciones de "La Hija del Rey de Egipto", de Jorge Ebers. Los episodios del "Rinconete y Cortadillo" y "El Lazarillo de Tormes" de la edición de "Novelas Ejemplares Españolas", tal vez lo mejor de Apeles Mestres. Las que hizo para varias de las más celebradas novelas del

Padre Coloma. "Los últimos días de Pompeya". "Cuentos de Andersen". Y las magníficas, entre tantas otras que podríamos señalar, de la "Eneida" de Virgilio, en 1885. Son dibujos fuera de todo precedente en la España del siglo pasado, rompiendo una tradición y creando un estilo propio.

Cabe incluir las ilustraciones de su obra literaria, muy extensa, con toda la estela de cuentos, historietas, cabeceras, portadas, finales de capítulo, iniciales, estudios de plantas y animales, y todo un mundo de fantasía y ensueño gráfico. Sin olvidar las ilustraciones de su libro "La Perera" y las muy sabrosas del Almanaque Hispano-Americano, verdadero regalo artístico en aquellas latitudes.

Ya en 1934 escribía el crítico Feliu Elías sobre el arte de Apeles Mestres, cuando parecía que su estilo había pasado de moda. Decía que encarnaba la elegancia de maneras, de ideas, de sentimientos, de virtudes máximas del pueblo, en una época que el relajamiento y deseñoría querían imperar. Ilustrador realista, pero a la vez de un lirismo extraordinario, sobre todo si se relaciona con el concepto de lirismo que era corriente en la segunda mitad del siglo XIX. Y apuntaba el mismo crítico que después de la crisis de caducidad, los valores artísticos se liquidan por el olvido o por su consagración definitiva. Tal el caso de Apeles Mestres cuyos dibujos, de valor universal algunos de ellos, inician la natural revisión de nuestros valores ochocentistas catalanes.

En 1900 publica su poema en verso "Liliana", que contiene importantes ilustraciones que marcan su gran arte de dibujante ilustrador. Ya no son los dibujos a perfil sólo sino muy trabajados y de técnica ejemplar. En ellos Apeles Mestres nos muestra todo su saber y sentir, haciendo gala de sus recursos y del conocimiento de los modelos que le son peculiares. Un mundo de gnomos barbudos y perfectamente determinados, de plantas y animalillos del bosque, de libélulas, ranas y mariposas, de flores y ensueños. Y la visión de Liliana, ensueño máximo. Apeles Mestres se encuentra de lleno dentro su mundo poético y soñador. Todo allí canta y se vivifica. El artista ha llegado al máximo de su producción artística, aun luego de haber perdido la visión del ojo derecho mermándole sus facultades físicas.

Publica también su libro "La Casa Vella", valorado con magníficas ilustraciones que evocan la casa paterna del callejón de San Felipe Neri donde nació el artista. Libro e ilustraciones en que la más viva emoción campea en todas sus páginas, descritas con aquel amor al lugar nativo y en visión exacta de la Barcelona básica de los alrededores de la Santa Iglesia Catedral.

A partir del año 1907 desciende visiblemente. Son los dibujos de Fábulas, del anecdotario del Automóvil, de los cromos y propaganda de anuncio. Sus figuras, un tiempo largas y esbeltas, se le

vuelven cortas. Pero es aún el artista que desborda con su fantasía ilimitada. En sus dibujos de frisos e iniciales los hay de originalísimos, algunos como de pesadilla de sueño. Dibujó también figurines para obras teatrales, muchos de los cuales se guardan en el Museo del Teatro. A señalar los de la ópera "Los Pirineos", del maestro Pedrell.

Su repertorio de caricaturas merecería capítulo aparte, pero nos extenderíamos en demasía y nos haría ahondar en tiempos y cosas de lejanía. Basta decir que fué un caricaturista auténtico donde la nota chispeante flota siempre en todas sus realizaciones. Sus caricaturas políticas, fruto de la época, marcan una elegancia des-acostumbrada, que nunca sangran, y velan con su gracioso dinamismo gráfico todo cuanto podría parecer vulgar agresividad. Tiempos de Sagasta y de Cánovas del Castillo, alrededor de cuyas máximas figuras de la política española de entonces se movía un mundo de personajes sobradamente conocidos entre tragedia y diversión.

De sus caricaturas festivas, abundantísimas, de temas ciudadanos y de la vida cotidiana, no hay para que insistir y elogiar. Todas del más sano humorismo y con aquel sello personal que el anagrama de Apeles Mestres popularizó. Aquel anagrama que en su día el editor Madero rechazó por creerlo un garabato desentonante, sin sospechar que con el tiempo resultaría de un máximo prestigio y popularidad.

En el año 1914, justamente el mismo día que cumplía los 60 años, encontrándose dibujando se le veló súbitamente el ojo bueno que le quedaba. Estoico, dejó la pluma y dirigiéndose a su esposa le dijo:

— ¿No habías oído hablar de un dibujante llamado Apeles Mestres? Pues acaba de morir en este momento.

Así, de manera tan filosófica, el artista se había retratado de cuerpo entero.

Más tarde su ceguera es ya casi completa. El tacto se afina aún más. Vive del recuerdo y de sus plantas y de sus flores. Son su pasión. Más de una vez le oímos decir que daría todos sus dibujos por una flor. Cuando, ciego ya, cogía el lápiz para mejor expresar un pensamiento, en el garabato se adivinaba el artista que fué. El que esto escribe guarda en gran estima algunos de dichos dibujos, final de una ejecutoria artística magnífica.

Hacía su gimnasia diaria. Y a pesar de su edad, no descuidaba sus cotidianos paseos, ni la asistencia a los conciertos del Palacio de la Música donde con mis hijas le acompañábamos. Los años parecían rejuvenecerle. No conoció el desfallecimiento ni el pesimismo.

En su paso por la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge, como en las otras Corporaciones a que perteneció, dejó muestra de

su valer y compenetración, en todo momento dignas del gran artista. Recordaremos aquel su escrito "El color en el Quijote", que remarca, con aguda observación, la preferencia del Príncipe de los Ingenios por el color verde, el cual campea en todas las páginas de su obra inmortal.

Un año después de la muerte de Apeles Mestres, un grupo de estudiantes de Bellas Artes publicaron un álbum con quince magníficos dibujos del artista, perfectamente seleccionados. Aquellos jóvenes estudiantes, tan distanciados en el tiempo y la moda con el dibujante que honoraban, dieron alto ejemplo de comprensión al reconocer que el verdadero arte no pasa nunca de moda, porque sobre las técnicas, formas y procedimientos, late en todo momento una fuerza, un destello que no puede morir nunca: el alma que el artista sabe dar a su obra.

Diremos algo sobre la iconografía de Apeles Mestres que es bastante nutrida. Aparte los ya conocidos y magníficos retratos al carbón, de Ramón Casas, existen interesantes muestras en pintura, escultura, dibujo y caricatura, de Romeu, Modesto Texidor, Pausas, Elvira Malagarriga, la notable pintora que Apeles Mestres distinguía mucho. Retratos por los escultores Eusebio Arnau y Víctor Moré (este último en nuestro Museo Municipal de Arte). Y dibujos de Pujol, Pompeyo Gener, Pahissa, Riquer, Bagaria, Escaler, Robert, Costa, Sansalvador, Durán Sanpere, Olivé, Junceda y Renart, entre otros, sin olvidar la pequeña escultura y los dibujos de la propia esposa del dibujante poeta.

La esposa del artista.

Apeles Mestres sintió una verdadera devoción por su esposa doña Laura. Fué su inspiradora, el acicate de su vida, su enfermera, su inteligente colaboradora, cuidándole, alentándole, haciendo del hogar un santuario de absoluta compenetración. En sus dibujos, en sus temas poéticos, aparece siempre la noble figura o el pensamiento de Laura que la quiere siempre protagonista en sus múltiples actividades de artista.

En su "Llibre Verd", en los álbumes de dibujo, año tras año, en viñetas e ilustraciones, en sus temas del hogar, en notas de viaje y de excursión, en sus estancias veraniegas en la Caldetas de moda, la figura de la mujer hacendosa y en familia no falta nunca. Su moda no cambia porque las virtudes no son materia cambiabile. Una y mil veces vemos su silueta repetida, inconfundible, en aquellos exquisitos dibujos a la pluma que hicieron la delicia de nuestras mocedades, o en tantos gouaches que ilustraron libros y revistas de la época.

Vemos a la virtuosa dama en su ambiente casero, en sus labores de coser y bordar, haciendo puntillas al bolillo, pulsando el piano, o en plena excursión bajo su sombrilla ochocentista. Apeles Mestres la tenía profusamente dibujada. Diríamos grafiada una vida y toda una época. Arranca ya de los tiempos de nuestra Exposición Universal del 1888, que nuestro artista dibujaba para los Grandes Almacenes "El Siglo" y en cuya Revista y en su propaganda comercial la figura femenina tuvo allí un gran exponente.

También doña Laura Radenez de Mestres fué un temperamento de artista y artista a su vez. Pintaba y dibujaba con gran soltura, modeló algunas pequeñas esculturas y fué gran apasionada de la Música, especialmente de la nacional y la de su Francia nativa.

La pérdida de la amante esposa en 1920 fué un golpe terrible para Apeles Mestres. Su corona de poesías "Semprevives" y su cuaderno íntimo de dibujos "Laura", cantan y reflejan su sentimiento de añoranza y devoción. Los amigos y más cercanos familiares, con los fieles de su servicio, cumplieron con su deber procurando salvar aquella soledad agravada por una creciente ceguera. Pero Apeles Mestres no era hombre que se dejase dominar por el pesimismo, y cuidando sus plantas y sus flores y en plena euforia de su colección de Nacimientos y Epifanías, el artista retornó a su vida normal y de franca actividad, no decayendo ni por un momento su buen humor ni su aguda y brillante conversación.

El tema de la Muerte.

Apeles Mestres, como buen hijo de su tiempo, sintió una debilidad para jugar en sus dibujos con el tema de la Muerte, tema que nuestro artista repitió innúmeras veces. Influencias de aquellas "Danzas de la Muerte" que culminan en las magníficas que dibujó Holbein, obras maestras sin duda alguna.

Aún la estampa romántica daba sus frutos, y la del macabro personaje, en todas sus manifestaciones gráficas, se la veía en historietas, frisos, finales de capítulo, alegorías de noviembre y alusiones propias del caso. Muchos eran los talleres, especialmente en los de artistas, donde la calavera o simplemente un cráneo más o menos orlado de laurel no tuviera allí su lugar y significado. Cráneo o esqueleto se les hacía componer entre libros y un candil, con mochuelos y murciélagos, con viejos a la manera del doctor Faust, y también en infinidad de exlibris donde no podían faltar el reloj de arena ni la imprescindible leyenda latina.

Apeles Mestres habíale apropiado su parte festiva, si es que festiva podemos llamar a la imagen de la Muerte. Nuestro artista la empleó en caricaturas políticas, en agudas profecías, en cuentos e

historietas, en temas locales, en alegorías sin fin. También en la tétrica compañía del Cólera y de la Fiebre amarilla, flageles de lejanos y terribles años. Su aspecto burlón y sus pícaros andares se los sabía de memoria.

Ya de los tiempos mozos de Apeles Mestres la vemos recogida en su "Danza de la Muerte", también a manera graciosa y festiva. Es en la serie de aquellos Cuadernitos originalísimos, hermanos de "La Granizada", que tanto surco abrieron en el camino ascendente del artista. Más tarde, en la ilustración de los "Cuentos de Andersen", obra por cierto muy lograda, vemos en la "Historia de una Madre" el juego de la Muerte, esta vez con toda su amarga emotividad. Aquella tétrica figura, con su sombrerito donde luce una pluma medieval, daba mucho que sentir. En nuestra adolescencia más de una hora nos había quitado el sueño...

¿Quién no recuerda en el taller interior de Apeles Mestres, *sancta sanctorum* del artista, aquel esqueleto articulado, vestido con túnica oriental y tocado con gorro a pluma verde, que parecía sonreír a todos los visitantes? El dibujante sostenía con el macabro guardián amenas habladurías. ¡Cuántas veces le había servido de modelo para sus fantasías, tanto artísticas como poéticas! Era como de la familia.

Una vez un amigo doctor presentó a Mestres un bravo senegalés que le habían recomendado, negro como el azabache, un senegalés simpatiquísimo que pronto se hicieron buenos amigos. Le gustaba ver dibujos, pero aún más verlos hacer. Aquello era para él función de milagro. Gritaba como si se encontrase en la jungla, dándose fuertes golpes en el pecho. Un día entró en la penumbra de aquel taller interior donde Apeles Mestres le mostró el enigmático personaje de gorro a pluma verde. Le dió su mano y quedó pensativo... El artista le preguntó si sabía qué era aquello. La respuesta fué contundente:

— *Un monsieur qui est mort.*

El buen senegalés, tiempo después, había de encontrar gloriosa muerte en el campo de batalla durante la primera guerra europea.

Hojeando los álbumes de primera juventud de Apeles Mestres, se ve ya el uso constante del tema de la Muerte en combinación con el fascinante del guerrero, del juglar y la castellana, de los árboles con fisonomía humana, de flores y plantas y del mundo animal, y lo que le decían las viejas piedras de mansiones derruidas. Son sus temas favoritos. Diríamos que a partir de allí toda la obra del dibujante-ilustrador sigue aquella trayectoria del adolescente, sin desviarse nunca. Acusa también toda su fuerte personalidad.

Comentando aún el tema predilecto de la Muerte, Apeles Mestres, que en tal materia habíase mostrado siempre muy despreocupado, decía que la conocía muy de cerca y que se tuteaba con ella. Cuando sus fuertes crisis de salud y de neurastenia la había

visto tan *a lo vivo*, que, añadía, la hubiera podido dibujar hasta en sus más pequeños detalles.

Otros de sus temas preferidos.

Ya hemos descrito el de la Muerte, juntamente con algunos más que llevan la marca Apeles Mestres. Anotaremos además el del fraile mendicante, el leñador, el rey medieval con sus servidores sin faltar el verdugo con su hacha, el gato tecleando el piano, el gallo que canta, la luna con sus nubes de fantásticos corceles, el perro que se espulga, el mendigo andrajoso, el árabe en el desierto. Y una vez más troncos y ramas que toman formas de figuras humanas en desesperación.

La figura del rey a manera de rey de naipes le da tema abundantísimo. Es también hijo de su época. Muy pariente de aquel otro del refranero popular, que se alegra y retuerce de risa. O que está tan colérico que castiga a todos cuantos tiene a su alcance a cetrazo limpio. Come en familia con su corona y su gran capa de pieles de armiño. Lo vemos en una de sus inolvidables historietas de los "Cuentos vivos", "El Conde Tal", de tan sano humorismo que, como antes hemos dicho, cuatro generaciones se han nutrido de ello. Lo vemos también en el largo proceso de su festiva e inédita historia "En Doba i En Quiroba", en otras del "Llibre Verd" y en las innúmeras fantasías del inagotable lápiz de Apeles Mestres.

En un famoso Baile de Máscaras que tuvo lugar, si no recuerdo mal, en el Teatro Lírico, se presentaron cuatro personajes disfrazados que representaban los cuatros reyes de la baraja. Eran el propio Apeles Mestres, su hermano Aristides, el literato Pompeyo Gener y el escultor Medardo Sanmartí. Imaginémonos la hilaridad que aquello produjo. Durante mucho tiempo se habló de aquel *tutti* original. Más tarde surgieron sus imitadores con las sotas y los caballos. Pero nunca segundas partes fueron buenas.

Al evocar la vena fantástica de nuestro dibujante podríamos enumerar un sin fin de detalles a cual más interesante. Sacaba partido de todo. No hay para que recordar su pequeño mundo de animalitos, el gato especialmente, que prodigó en la mayoría de sus dibujos, en orlas e iniciales: el gato casero, el donjuanesco, el cazador, el marrullero, el compañero de las largas veladas al calor de la lumbre.

En su taller tenía, colgado en la pared y a manera de trofeo exótico, un gran sombrero moruno de anchas alas. ¡Cuántas veces le sirvió de modelo! De aquel artefacto de paja salieron infinidad de historietas y motivos de buen humor: coloquios árabes, escenas del desierto, peregrinaciones a la Meca, destinaciones de Alá. Y si para ejemplo basta un botón, por aquel indumento exótico podemos hacer-

nos cargo de la fantasía desbordada de nuestro dibujante, no a la manera de un Gustavo Doré, sino en su mejor interpretación realista y dinámica.

De hojas secas recogidas en los días tardorales había también extraído temas para insospechadas fantasías: hojas cual seres humanos en pena, alocados, envejecidos, suplicantes, torturados. Otros insignificantes adminículos caseros, o de juguetería, le dieron igualmente temas por demás divertidos. El soldadito de tambor batiente, ya citado, la pajarita de papel, el cascanueces, la rama seca de olivo. Y como complemento apoteósico, toda la flora de su azotea querida, con sus mariposas, sus orugas y sus arañas predilectas. Todo un mundo donde lo imaginativo del artista sabía extraer mucho y bueno. Los gnomos de la tradición, jorobados y barbudos, no podían faltar en ese ágape de mesa revuelta del artista. Se los había asimilado completamente y los hacía revivir, siempre que podía.

Profecías.

Apeles Mestres tuvo el don de la profecía. La mayoría de sus conceptos proféticos tuvieron realidad. Podemos comprobarlo en muchos de sus dibujos que, hijos de un humorismo bien entendido, luego se ha visto que tras aquellos destellos de buen humor se escondía una exacta visión. En las costumbres, en acontecimientos internacionales, en la indumentaria al día, en medicina, en los avances del feminismo, en el trastorno mundial que padecemos.

Nuestro artista se enorgullecía un poco de tal sentido profético, un poco encumbrado como se sentía. Pero la máxima profecía fue la que se aplicó a sí mismo. Apeles Mestres había pronosticado que cuando moriría caerían rayos y truenos. ¡Y en verdad que lo adivinó! Falleció, como es sabido, durante la madrugada del día 19 de julio de 1936, en medio del trepidar de cañones y ametralladoras.

Convencido como estaba de que llegada su muerte se le haría un entierro solemnísimo, de aquellos que nuestra ciudad sabe hacer llegados los casos, entierro con asistencia de autoridades, de todas las clases sociales y representaciones múltiples, en su fondo interno debería temer que algún acontecimiento fortuito de aquellos de fuerza mayor, una tempestad inoportuna pongamos por caso, lo echaría todo a rodar. Estaba acostumbrado a encajar fallas y adversidades, y así, entre bromas y veras, había profetizado la caída de rayos y truenos. Y en verdad que cayeron, como nunca el dibujante-poeta hubiera podido sospechar.

La casa de Apeles Mestres.

No podría faltar en este escrito la evocación de aquel hogar acogedor, santuario de arte, donde se reflejaba la verdadera personalidad del poeta-artista. De la excelencia de dicho hogar no insistiremos, ya que se ha dicho y repetido en diversas ocasiones. Casa con mujer hacendosa, con flores y plantas, con sus mejores recuerdos de antaño, todo buen barcelonés amante de nuestros valores sabía de aquella casona del Pasaje Permanyer que una gran palmera os saludaba en la misma entrada.

Ya dentro, parecía que toda inquietud ciudadana, todo trasiego exterior habían desaparecido. La mejor hospitalidad se ofrecía dentro aquellos muros repletos de cuadros, de dibujos, de libros, de cachivaches diversos, de recuerdos de tiempos que fueron, todo dentro un ambiente señorial y añejo. El objeto más insignificante tomaba allí categoría y valor. Reflejo de aquellas moradas de artista, tan ochocentistas, que en su distribución y abigarramiento de muebles y enseres consistía su fuerte y su gracia natural.

No faltaban los recuerdos familiares, ni los retratos de los progenitores a la manera grave y ceremoniosa de la época. No faltaban los búcaros de las más diversas formas y caprichos, siempre llenos de pequeñas y variadas flores. Dibujos de maestros y compañeros queridos: Luis Rigalt, Simón Gómez, José Luis Pellicer, Alejandro de Riquer, Emilio Casals, Félix Mestres y del bueno de Barrau, entre notas de color y pinturas de algunas firmas destacadas. Con tales conjuntos un pequeño dibujo, una hoja de álbum a manera de Menú, de aquel gran artista que fué Daniel Urrabieta Vierge, por el cual Apeles Mestres sintió en todo momento una viva admiración. Reverdecir la influencia que la personalidad artística de Vierge ejerció sobre la de nuestro dibujante, su amistad y recuerdo, sería tarea larga, más aún si penetrásemos en el verdadero valor de aquel mago del dibujo cuya vasta obra de ilustrador bien podemos considerarla como modelo de refinado gusto y orgullo de nuestro arte patrio.

En la salita estudio, el pupitre, dibujado por el propio artista, donde trabajaba en pie, cofado con su boina característica, tal cual lo retrató Ramón Casas. A la luz del ventanal que da al jardincillo de entrada, el artista laboró sus ilustraciones, sus dibujos y fantasías de manera febril. Allí, la tabaquera a su alcance, recibía a sus amistades. Allí se manifestaba el gran *causeur* que era, entre recuerdos de antaño que no faltaban nunca, y el chascarrillo de moda de los que en media hora dan la vuelta a la ciudad. Y bajo la fantasiosa panoplia que nunca podía faltar en el taller de un artista solvente, con estanterías

repletas de libros, en un ordenado desorden la mesa despacho, con viejos arcones, azulejos, piezas orientales, tallas góticas catedralicias, un auténtico flamenco disecado destacándose sobre un fragmento de tapiz renacentista. Anécdota de dicha ave de cuello largo, Dios sabe de donde venida, que un buen día cayó del cielo en el jardín del poeta, con una pata rota. Flemáticamente parecía presidir todas las tertulias, y a su alrededor reverdecíase una buena parte de historia barcelonesa, especialmente la que va desde el derribo de las murallas hasta nuestra Exposición del 1888.

Otros engarces a modo de pequeños diamantes podríamos destacar en recuerdo de aquella mansión de paz del polifacético artista, donde no se formaba colección de nada y se coleccionaba todo. Porque allí, incluso a lo más modesto e insignificante se le rendía culto, desde el calendario del Colmado vecino hasta la Felicitación del Sereno del Barrio.

En la salita de confianza todos sus recuerdos más íntimos, y los de Doña Laura, con sus vitrinillas de minúsculos objetos. Allí sus pájaros domésticos disecados, sus variedades de mariposas y coleópteros, caracoles marinos, racimos de postales y retratos con dedicatoria. En todas partes el cuidado de la mano femenina y la efigie de la esposa. La seda, con flores pintadas para un abanico, no podía faltar.

El salón tenía iguales características de intimidad y señorío. Era vivo el recuerdo de su buen padre, el arquitecto Don José Oriol Mestres, personaje importante que fué. Allí, alrededor del piano, se habían hecho buenas lecturas entre selectísimas amistades. Allí se había interpretado muy buena música. Destacadas personalidades del mundo musical que Apeles Mestres las tuvo en gran estima habían pasado por aquel salón del Pasaje Permanyer: Granados, Morera, Albéniz, Arteaga, Massenet, Pedrell, Falla, Blanca Selva, el guitarrista Tárrega, Genoveva Vix, Casals, Cassadó, Llobet, Lamote de Grignon, Sadurní, Marqués, Roig, Perelló, y toda una esperanzadora juventud, porque nuestro artista sintió gran placer en rodearse de gente joven. En aquel piano Apeles Mestres compuso su rosario de canciones, y tuvo el placer de oírse las cantar a sus mejores intérpretes.

En dicho salón figuraban dos grandes lienzos, retratos de dama, a la manera de Sánchez Coello. Graves y ceremoniosas, parecían estar ausentes de aquella mesa revuelta de cuadros y de recuerdos, mirándose en los espejos de añoranza de unos tiempos que fueron. Allí fragmentos de tablas góticas entre montones de papel de música. Y como joyel de la estancia, recatada dentro la negra vitrina, el Libro de Horas de preciadísimo valor, el manuscrito del siglo xv, con miniaturas de Bernard Martorell, que el propio Apeles Mestres nos describe con rico anecdotario en su emotivo libro "La Casa Vella".

Fué en aquel salón de música que en ocasión solemne estuvo el

mariscal Joffre, el héroe del Marne, cuando por encargo del Gobierno francés traía personalmente al gran dibujante-poeta la Cruz de la Legión de Honor. En doloroso contraste, la visita se efectuaba cuando Apeles Mestres asistía a la agonía de su querida esposa Laura, en abril de 1920.

— Aun quedaba la sala taller, donde el artista se refugiaba para mejor concentrarse en algunas de sus múltiples labores. Entre sus útiles para acuarela y *gouche*, cajones repletos de carpetas ventrudas con documentales y selección de recortes. También su colección del "Llibre Verd" del que ya se ha hecho mención anteriormente. Y sus álbumes de dibujo donde los más diversos temas pasan por ellos. En la misma sala-taller el busto del músico-poeta J. Anselmo Clavé, por el cual Apeles Mestres sintió viva admiración; las plumas de pavo real en abanico, el Belén, en escaparate, de Ramón Amadeu, el cascanueces de Bismarck, la serie de trofeos y de recuerdos de viaje, los rosarios de nacaradas cuentas, la vitrina de indumentaria litúrgica, las estanterías con su colección de Nacimientos y Epifanías, las librerías rebozantes de libros. Y aquel esqueleto articulado, envuelto con túnica oriental y cofado con gorro y pluma de trovador. Era el guardián de la estancia, burlón y macabro, el enigmático personaje que recordaba a todos el *Sic Transit Gloria Mundi*.

El pequeño comedor del piso inferior se ornaba con grandes acuarelas del maestro grafiando a su buena esposa Laura, y también con cuadros donde se representaban el gallo y los mininos favoritos, entre todo el anecdotario gráfico que aumentaba año tras año alusivo a las conmemoraciones del 29 de octubre, que tanto le complacían.

Finalmente nos cabe subir al terrado del artista por la escalerilla interior, angosta y de alto escalón. La familiaridad de acompañaros a la azotea era el mejor aval de amistad que Apeles podía daros. Terrado y suplemento de azotea que fueron su campo de operaciones jardineras. Cultivaba sus magníficos geranios, del rosado al rojo más encendido. Sus hortensias gigantes que le valieron el sobrenombre de "Rey de las Hortensias" y de lo cual tanto se enorgullecía. Allí las florecillas silvestres, con los claveles reventones, las rosas de todo el año, la malva real, y toda la rica variedad de las especies más mimadas por el artista. Fueron en todo momento sus modelos favoritos. También la hilera de las plantas medicinales y olorosas. La perfumería, como buenamente las llamaba al frotarlas y acariciarlas. Y los gusanos de la ruda de fuerte olor que luego se metamorfoseaban en empíricas mariposas. Todo lo tenía dibujado, aun en sus más pequeños detalles.

Allí el rincón misterioso donde las arañas llamadas de cruz hacían sus finísimos tejidos y se asomaban a la sola presencia del artista. Parecía habíamos de ver al bueno de Flok trepando por la frágil escalerilla para salvar a la pobre Zumsa, la avispa prisionera de

la diabólica red, de su poema "Liliana". También su colección de los cactus exóticos, cuando aún no se habían puesto de moda ni generalizado tanto.

Aquel terrado que de tanto peso de cajones, cubos y macetas, el albañil tenía que vigilar muy a menudo, reforzándolo, Apeles Mestres en toda época del año subía a él, pie descalzo y con su gran sombrero de auténtico jardinero. Sabía como tratar a cada una de sus plantas y especies, sus necesidades, sus tiempos de gestación. Labor diaria y metódica en la que no desfalleció nunca, ni aun en aquellos largos años que la falta de salud y una persistente neurastenia lo tuvieron recluido y apartado de todo el mundo exterior. Aun en la parte más elevada del terrado, que Apeles Mestres lo llamaba "El Tibidabo", se podía ver el pino, con la encina y el laurel. Y, en su tiempo, la flor de retama. También su minúsculo sembrado de trigo para, llegado el mes de junio, hacerse con la ilusión de la siega, bajo el sol de su campo Permanyer.

El terrado de Apeles Mestres, resumen de horas magníficas gozadas por el poeta, podía contar de tertulias y de visitas de personajes importantes. Remanso de paz y oración a los encantos de la Naturaleza. Su piel se había tostado en auténtico jardinero, y toda su poesía, su arte todo, sus melodías y canciones con su goce espiritual le cantaban el gran himno del Dios creador.

Un sentido recuerdo para la pequeña Laurita Miguel, su tierna ahijada, que después de la viudez de Apeles Mestres alegró su casa y fué la niña de sus ojos. Murió en temprana edad malogrando una esperanza.

Sus amistades.

Ya sabemos cuánto valor tienen las buenas amistades. Todos tenemos y hemos tenido entre el número de amigos, aquella selección que se forma entre dichas buenas amistades. También las tuvo Apeles Mestres a las cuales profesó igualmente verdadera devoción.

Sin duda que el maestro agradecería ese recuerdo a los amigos que fueron, los que completaron su vida al largo de los años y que con el artista se complementaron en afectos y emociones.

No hay para que decir que en su época de juventud, de verdadero renacimiento artístico y literario, se codeó con lo mejor de su tiempo y fué personalidad destacada y popular. Federico Soler (Pitarra). El viejo editor Inocencio López. Los escultores Roig y Soler y Medardo Sanmartí. El dibujante Tomás Padró al cual asistió Apeles Mestres en su último momento. El gran maestro escenógrafo F. Soler y Rovirosa, del cual podrían escribirse libros enteros. Angel Guimerá, el dramaturgo en pugna teatral con el propio Federico Soler.

El doctor Salvá y el profesor Arteaga. El guitarrista Tárrega. Los ases de la novela José M. de Pereda y B. Pérez Galdós. El místico y sublime cantor Mosén Jacinto Verdaguer ya en plena devoción popular. Víctor Balaguer en su apogeo literario y político. El maestro Pedrell. El decorador José Pascó. El grabador Joarizti. Los hermanos Masrera. El dibujante Gómez Soler. Daniel Ortiz, con otros que seguramente ahora olvidamos. Y aquel pintoresco Pompeyo Gener, el filósofo de la capa y el chambergo que tantas andanzas y anécdotas podía contar Apeles Mestres de sus conjuntos viajes por Francia y Suiza.

Ramillete de personalidades, cada una dentro sus peculiares facetas y sus indiscutibles méritos. Y muchos otros en sus actividades más distintas: el coreógrafo Moragas; el secretario general que fué de la Exposición Universal del 1888 Carlos Pirozzini; el maestro Barbieri de tan sabroso ingenio; el popular dibujante Manuel Moliné. Y el dilecto pianista G. A. Vidiella que tanto pánico tenía de las tempestades y se escondía al solo anuncio de un trueno. De todos podría escribirse mucho y bueno en gracia a tantos valores personales y como compendio de una época por demás interesante y de colectiva influencia.

En todos los campos tuvo amigos y admiradores, sin olvidar el de la más viva devoción popular. Recordemos la gran manifestación nocturna que se le hizo cuando aun vivía en su casa de la calle de Las Cortes, 302, una de las primeras que se edificaron en el novel Ensanche, por parte de entidades, masas corales y público numerosísimo, en ocasión del triunfo de su poema "Margaridó" y también al artista por todos tan querido y admirado. Pero sus amistades más íntimas, las que formaron luego después y sucesivamente como en extensión de familia, bien podemos recordarlas aquí. Figura principal la del poeta y dramaturgo Ignacio Iglesias, que fué hombre de corazón y en todo momento fiel amigo y devoto de Apeles Mestres. El dilecto pianista y compositor Enrique Granados, espíritu selecto que llenaba todos los grados de la simpatía, y que en la intimidad era del más ocurrente humorismo. El viejo Conrado Roure, el escritor festivo por antonomasia, de vena abierta y barcelonés de raíz y estirpe. El polemista José Roca y Roca, que sus rudas facciones contrastaban con su atrayente franqueza y franca amistad. El dibujante José Luis Pellicer, el artista que tanto le debemos, corresponsal y repórter gráfico de grandes acontecimientos, carne y uña con Apeles Mestres, que luego de fallecido Pellicer continuaron sus dos hijas tan añeja relación. Alejandro de Riquer, el pulcro grabador y dibujante, cartelista destacado y exhibrista notable, cuyo epistolario con el propio Apeles fué toda una lección de amistad y fino humor. El dinámico poeta Mosén Ramón Garriga, maestro en Gay Saber, alma de inquietud, devoto de Apeles Mestres, que en sus venidas a la capital no descuidaba

nunca su visita al amigo y maestro, llevando bajo el manteo algunas Adoraciones para su colección preferida. Aun hoy, en su denominación de Ermitaño de Samalús, Apeles Mestres por un sin fin de circunstancias emotivas y también espirituales que han ligado a los dos poetas, ocupa un primer lugar en el recuerdo y la estima. En su jardín de Samalús se yergue altivo, señalando al cielo, el corpulento ciprés que un día plantó, muy diminuto, el propio Apeles Mestres.

Anotaremos también a los hermanos José y Luis Carrera Cañet que le ofrendaron siempre devota amistad. Luis Vía, el poeta enciclopédico, maestro del buen humor y de la agudeza, que se reunía con Apeles Mestres los veranos en la santa Montaña de Montserrat. El hoy general Faraudo de Saint Germain, tan erudito como de amena conversación. El pintor Joaquín Mir, que nuestro dibujante tanto lo admiró en su obra de gran colorista. Federico Lliurat, el notable musicólogo y profesor de piano. El académico y también erudito musicólogo José Subirá, en franca correspondencia desde Madrid. El publicista Manuel Marinello, tan fiel en sus visitas al artista. El pintor y hombre de teatro Luis Masriera, que ha continuado la tradición de los Masriera, joyeros y artistas. El excelente violinista Juan Massiá. El dibujante Junceda, nuestro admirado y llorado Junceda, que tuvo su pasión y su gloria. El floricultor y horticultor el bueno de Juan Santamaría, cuyas conversaciones sobre plantas y flores fueron siempre de placer y de mutua lección. ¡Oh los atardeceres de los benditos jueves en el jardín de Vallcarca!

En la lista de sus caros afectos debemos añadir los nombres del eximio compositor Manuel de Falla, del violoncelista Pablo Casals, del guitarrista Miguel Llobet. Asimismo su alumno el joven Maicas, los Arbós y los Gené, y el culto y malogrado dibujante Avellaneda, de Tarrasa. Y las notables liederistas Conchita Badía de Agustí, Mercedes Plantada, Concepción Callao, M. Josefa Regnard, Pilar Rufi, con el tenor Emilio Vendrell, intérpretes todos de las canciones originales de Apeles Mestres.

No olvidaremos tampoco al pintor Ramón Casas, que con Miguel Utrillo y Alejandro de Riquer lo sacaron de su casa en el flamante automóvil del primero, reintegrándolo a la vida ciudadana después de algunos años de recluimiento neurasténico. Al exquisito poeta Ramón de Perés y al pintor Modesto Texidor. Ni silenciar a los maestros compositores Enrique Morera, Joaquín Cassadó y Celestino Sadurní, que musicaron, al igual que hizo Granados, algunas de las producciones teatrales de Apeles Mestres con verdadero éxito. También su devoción, magníficamente correspondida, por los maestros orfeonistas Luis Millet y Juan Balcells, de tan ejemplares actuaciones. Los Milá, Alfonso Sans, el editor Bartrina, el músico y pintor Romeu, el ingeniero Carlos Montañés que más tarde fué nombrado Gobernador Civil de la Provincia; Evelio Bulbena, biógrafo de Ramón

Amadeu; el doctor López Lloret que lo asistió en sus últimos años; el profesor Blanch, y el fiel Ticiano Mestres, sobrino del artista, que no se separó de su familiar ni en los días de las brillantes tertulias ni en las horas que precedieron a la muerte del maestro. Y sentiríamos dejarnos alguien en involuntario olvido.

Broche final la persona del erudito don A. Durán Sanpere, Director del Archivo Histórico de la Ciudad, a cual Archivo ha ido buena parte de la colección Apeles Mestres en su aspecto local, íntimo y de tradición. Lo tuvo en gran estima y fué plenamente correspondido, consultándole a menudo.

Al cumplirse los setenta años de edad, Apeles Mestres quiso conmemorar cada aniversario reuniendo en su mesa a seis de sus íntimos y fieles amigos. La preparación de tal fiesta y de tal comida duraba muchas semanas. Era su obsesión del año. Se preparaban las sorpresas, los menús, la novedad de la invitación, el arreglo del comedor, los versos de buen humor, las felicitaciones apropiadas al caso. Así llegaba la gran festividad del 29 de octubre. Apeles Mestres, en pura paradoja, se rejuvenecía. Allí iban sus amistades a felicitarle, la casa se llenaba de flores, salían a relucir dichos y hechos en historia vivida, y todo parecía tomar nuevo encanto dentro aquella casona del Pasaje Permanyer. A su vez, la buena cocinera María ponía a contribución sus grandes dotes culinarias para el festín tradicional.

No hay para que detallar lo que fueron aquellos aniversarios en el *Restaurant Permanyer* (como jocosamente pone Apeles Mestres en las Invitaciones a los seis), donde los buenos platos corrían parejas con la vena inagotable del venerable anfitrión y la de sus invitados. Llegados a la cumbre del ágape, una ofensiva postril en la cual no faltaba la monumental tostada con el anagrama de nuestro artista, atentaba a mansalva contra las posibilidades todas de cada uno de sus comensales. Apeles Mestres se complacía en todo. Le augurábamos que llegaría a Centenario. Él se reía. Pobre Apeles Mestres, ¡quién había de decir que se derrumbaría como un castillo de naipes! El reloj no contaba. Luis Vía abría el fuego con su verborrea poética y de circunstancias. El formidable Luis Carrera bajaba de su pedestal bancario y nos regalaba en cascada de chistes y agudezas. También el bueno de Manuel Marinello y el musicólogo Federico Lliurat, cada uno en su carácter y función. A su vez, Juan Massiá olvidaba la magia de su violín para amenizarnos con algún scherzo del pentagrama de su buen humor. Y en complemento, la caricatura de tanda a manera de aleluya, del que esto escribe, en glosa de la festividad del día y colofón gráfico del aniversario.

La sobremesa empalmaba con las flores y la visita de Mercedes Plantada, la notable liederista intérprete de las canciones de Apeles Mestres, que con su simpatía y cordialidad se sumaba cada año a

la íntima fiesta. Tal aniversario se festejó hasta el fallecimiento de Luis Carrera. La pérdida del entrañable amigo amputaba tal círculo de devotas amistades, y Apeles Mestres, ya octogenario, quiso guardar el respeto para el ausente. Dos años más tarde el maestro entregaba su alma a Dios.

Espíritu elevado.

Se ha forjado una leyenda sobre el Apeles Mestres despreocupado, como hijo de su tiempo. Sus caricaturas políticas de antaño en semanarios satíricos, la mayoría de credo liberal, sirvieron a nuestro incipiente artista para enfrentarse con el público.

Había pasado el destronamiento de Isabel II, la proclamación de Amadeo I, la primera República y el golpe de Sagunto que hizo posible la restauración borbónica. Tiempos de agitación política, de pinceladas entre pintorescas y turbulentas, más con espíritu de buena fe que de raíz maligna.

Sabido es que cuando murió, joven aún, el popular y festivo dibujante costumbrista Tomás Padró, pareció que su vacío sería difícil de llenar. Apeles Mestres, que fué gran amigo y admirador del malogrado artista, lo recomendaron al editor Inocencio López. El inquieto editor no dudó un momento. Pues bien, durante algunos meses el buen público, que nunca analiza, creyó que los dibujos que publicaba "La Campana de Gracia" eran del propio Padró. Pero pronto manifestóse el arte personalísimo de Apeles Mestres. Aparecieron los dibujos de trazo elegante, de línea simple, de figuras adelgazadas y de dinamismo singular. Seguidamente en otras publicaciones surgían dibujos cuyos personajes se movían con naturalidad y con un verismo que luego fué el fuerte de Apeles Mestres. El caricaturista acusaba los trazos sin herir, más dentro el clima del arte que el del filo cortante.

Surgió después, como ya se ha dicho, el gran ilustrador que fué, diríamos uno de los más personales y destacados de la España de su tiempo. Es en tal especialidad del dibujante donde debe estudiarse el verdadero valor del artista que comentamos.

Retrocediendo a su época de primera juventud cabe señalar cómo era el clima que se respiraba. La Musa popular y su ambiente natural eran de lo que llamaban de avanzada. De Francia llegaban también aires de fronda, todo, como se ha dicho antes, de un extremado candor y pintoresca buena fe.

Apeles Mestres había sido siempre un enamorado y devoto de todos los encantos de naturaleza por Dios creados. En tal devoción fué un verdadero apóstol. Se dijo por alguien que Apeles era un laico franciscano. Rectificando podríamos añadir un franciscano con

espíritu hondamente sentido y sin laicismos de ocasión. Sus gráficos de la figura de Jesús nos lo dicen claramente. Sus mismas disquisiciones sobre altas materias eran en todo momento de un recto sentido.

Cuando se hizo la gran edición de lujo del libro del Doctor Sardá y Salvany, Pbro., "El liberalismo es pecado", destinado a Su Santidad el Papa León XIII, al artista Apeles Mestres se le encargaron buen número de ilustraciones para dicha obra.

Los íntimos conocíamos su fervorosa amistad con el poeta Mosén Ramón Garriga, y cómo el Mestre en Gay Saber correspondía con su máxima estima y devoción. ¡Oh los amenísimos coloquios con Mosén Garriga, tan entusiastas y compenetrados los dos poetas!

Sabíamos también su correspondencia con aquel buen cura de Polanco, que Apeles Mestres conoció de chicuelo cuando fué por tierras de la Montaña recogiendo apuntes para las ilustraciones de "El sabor de la tierruca", de su gran amigo el novelista José María de Pereda.

Con la madurez profundizóse más su espíritu. Estóico en grado sumo, sobrellevó con firmeza y resignación desgracias y contratiempos. Octogenario, su salud truncóse súbitamente consecuencia de una ictericia tomada en principio en broma y que acabó desangrando al artista. En la mañana del 18 de julio de 1936 se había agravado tanto, que mandamos a buscar a Mosén Garriga en su remanso de Càn Cuni, de Samalús. Un auto lo llevó presto. Los dos fieles amigos se hablaron largamente. El examen de conciencia quedaba hecho y un pequeño Crucifijo selló tan transcendental acto. La absolución abría, en el mismo dintel de la muerte, el camino de la luz eterna.

El poeta ya no pudo regresar a su casa alterado el orden en sus raíces más profundas. Perseguido, pudo salvarse milagrosamente, Dios sabe a través de cuántas vicisitudes y serios peligros.

Apeles Mestres moría en la madrugada del 19 de julio, al iniciarse el estampido del cañón y el silbar de las balas en plena calle. Sus últimas palabras fueron, incorporándose, que quería andar y subir al jardín.

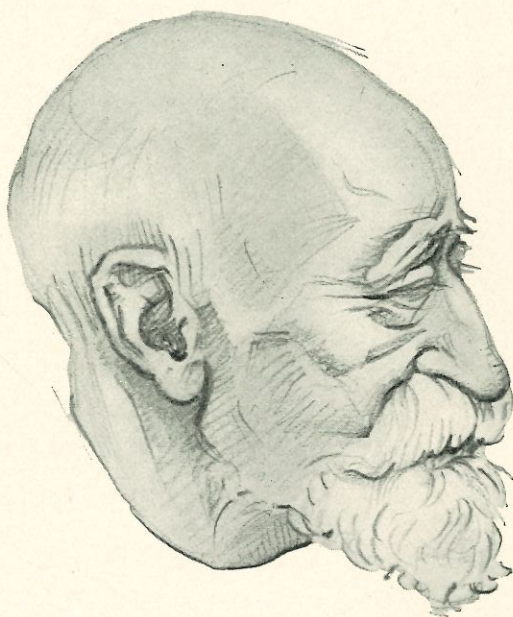
Luego un entierro tal vez único en la historia contemporánea, sin nadie absolutamente en el seguicio, sin familiares ni amigos, sin ninguna flor, sin una sola persona. Tal fué aquel tristísimo sepelio de un hijo ilustre de Barcelona, Medalla de oro de la Ciudad, artista ejemplar y popularísimo, que llevaba por única compañía el rótulo que escribí y colocamos al lado de la caja mortuoria. Decía escuetamente:

"Apeles Mestres".

El coche rodó calle de Lauria abajo, a la buena de Dios perdido en medio de la ciudad agitada por todas las convulsiones habidas y por haber, puños en alto y envenenados los espíritus. Y al día siguiente el drama de su enterramiento en el Cementerio del Sudoeste, venciendo mil obstáculos hasta dar con el féretro, en una mañana inolvidable en que Apeles Mestres cerraba toda una época.

Tal fué, descrito con íntimo recuerdo, aquel preclaro artista cuyo Centenario de su nacimiento se conmemora, y que nos viene a recordar, para más enaltecerla, la vigorosa y múltiple personalidad del insigne dibujante-poeta Apeles Mestres y Oñós.

Barcelona, abril de 1955.



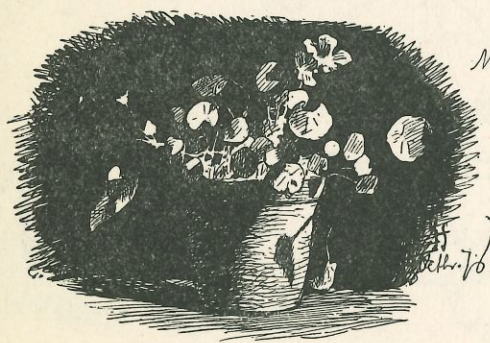
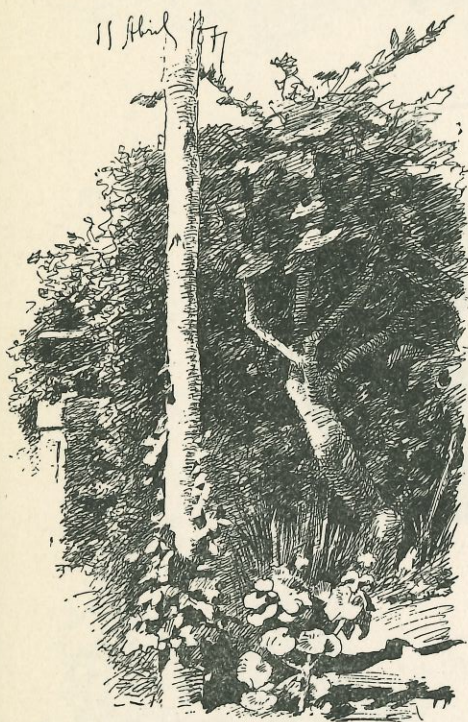
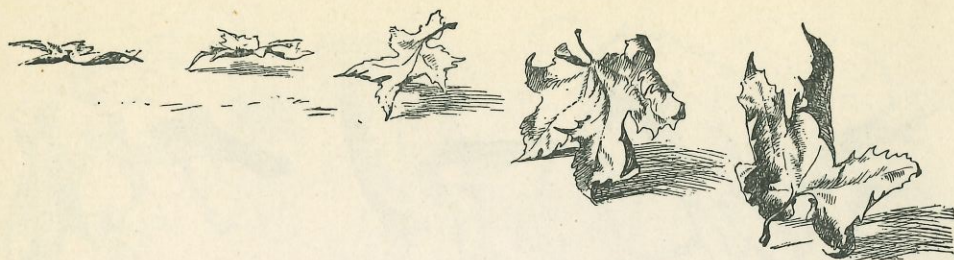
Apeles Mestres Oñós.
Apunte del natural por Joaquín Renart. Julio 1936.



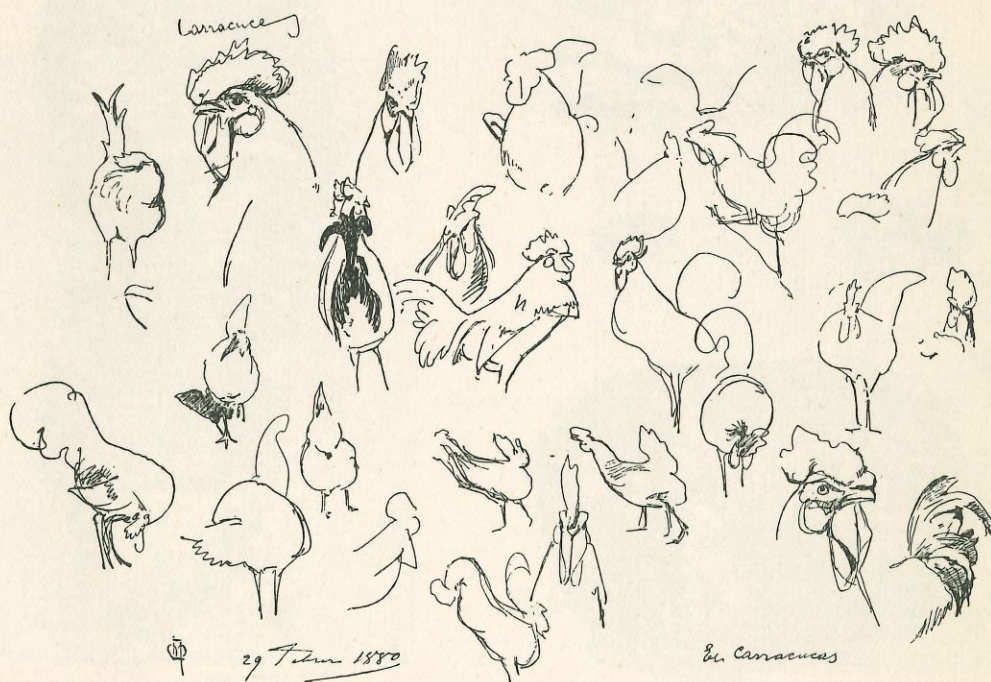
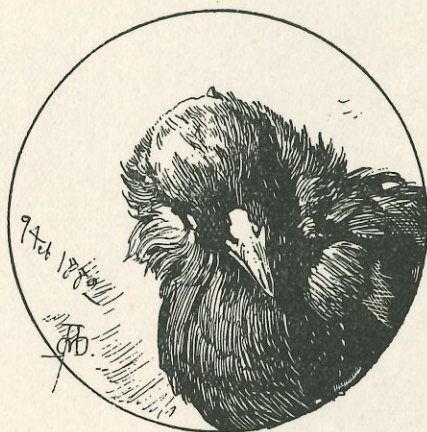
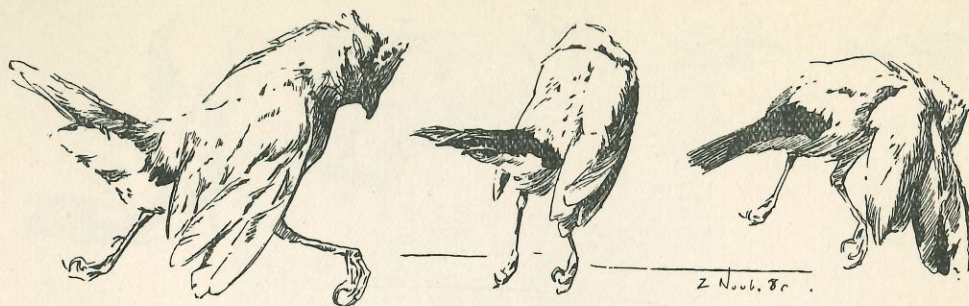
El párroco de Oris. - 1869.

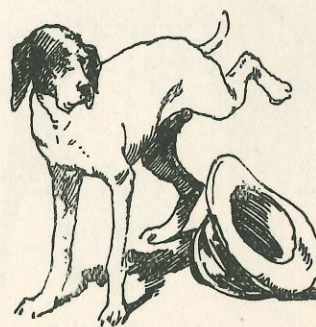


Torelló. - 1869.



Del álbum "Mecum". - 1876.

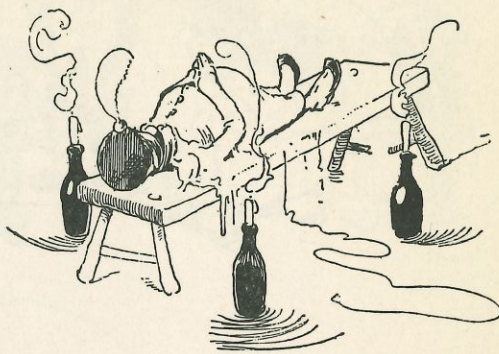




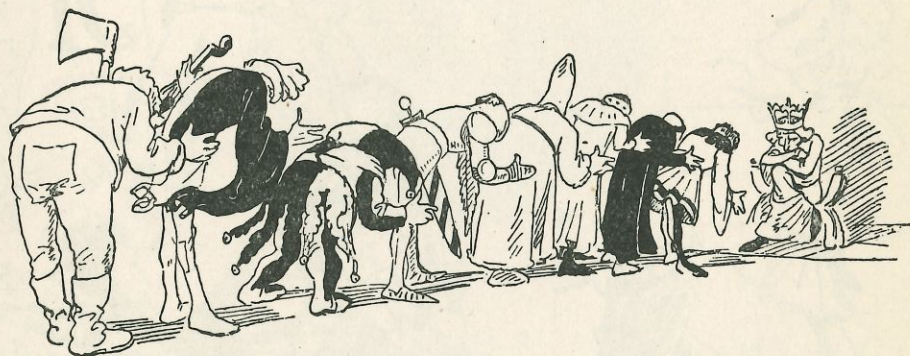
De "La Granizada". - 1880.



"La Sonda".



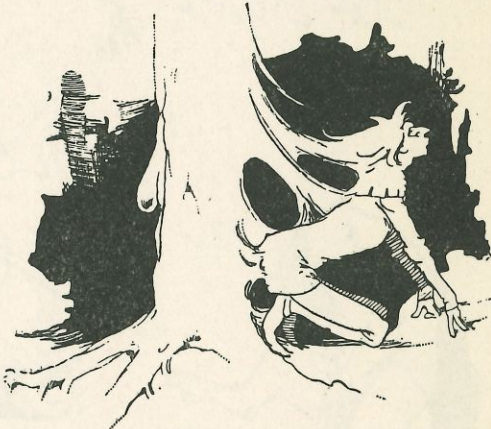
"Cuatro hombres y un cabo".



"El Conde Tal"



"La Comisión".

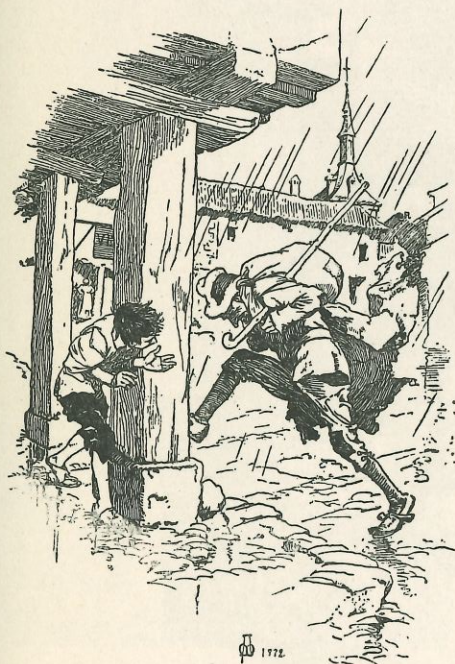


"La Resina".





"El mundo por dentro". Quevedo.



"El Lazarillo de Tormes".
Hurtado de Mendoza.



"Rinconete y Cortadillo".
Cervantes.

De las "Novelas Ejemplares Españolas". - 1882.



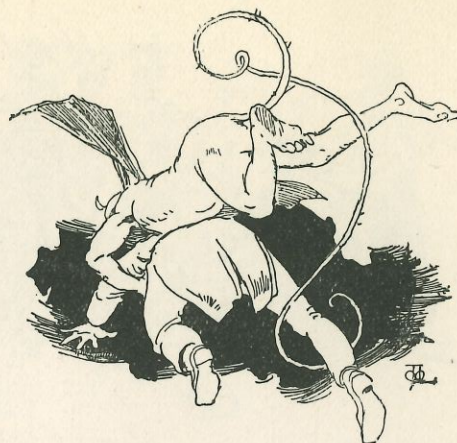
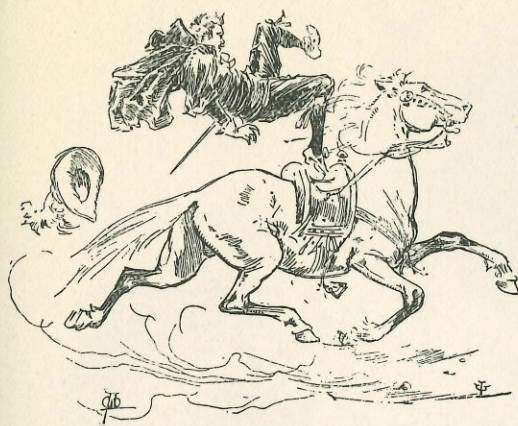
"Cuentos de Andersen". - 1881.



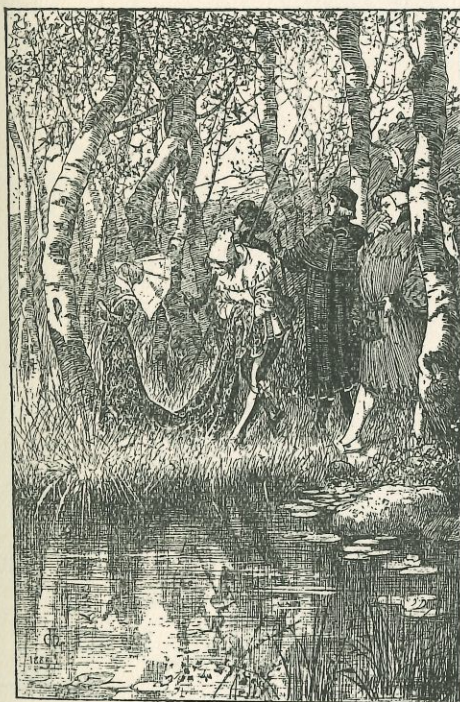
"El sabor de la tierra".
J. M. de Pereda. - 1882.



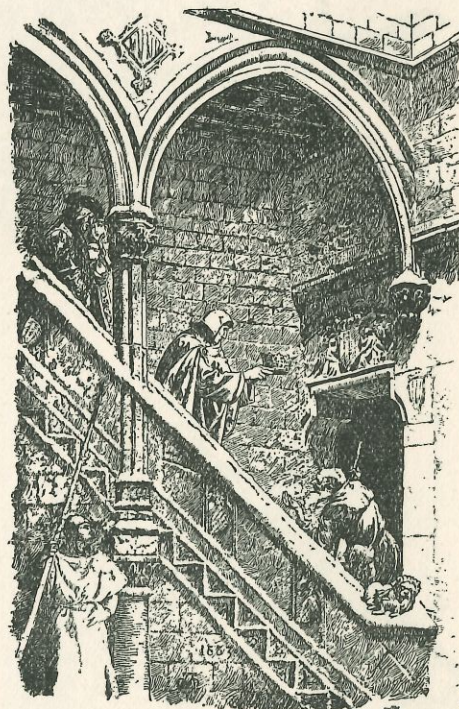
"Tone. Ultimos días de Pompeya". B. Lytton. - 1882.



Del Almanaque Sud Americano. - 1883.



"La filla del Rei".

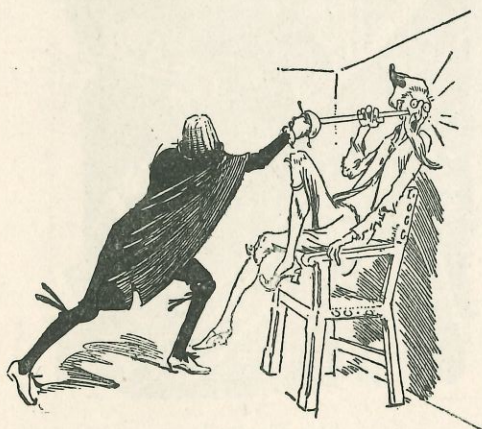


"La Corona".

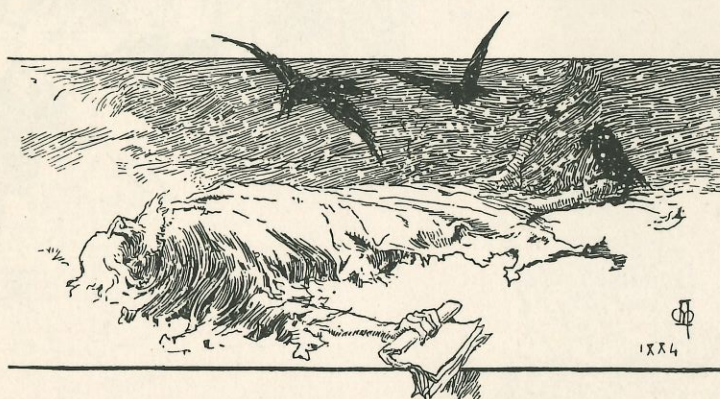
Del libro "Baladas". - 1883.



"Episodios Nacionales".
B. Pérez Galdós. - 1883-1885.



Ilustraciones varias.



"Danza macabra". - 1884.



1885.

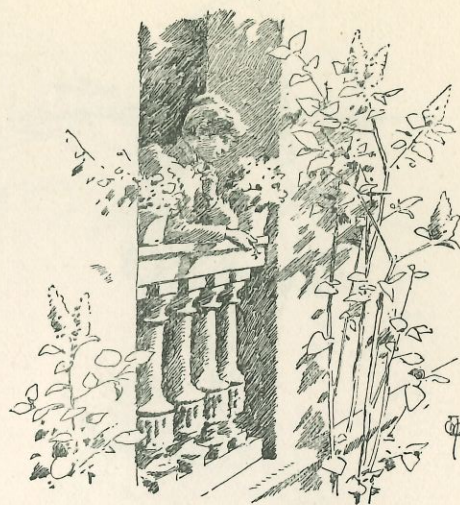


1886.

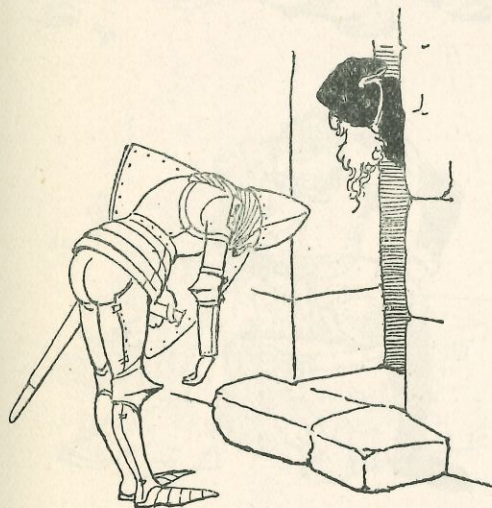
Apeles Mestres di-
bujado por su esposa
Laura.



Laura Radenez, la esposa del artista. - 1893.



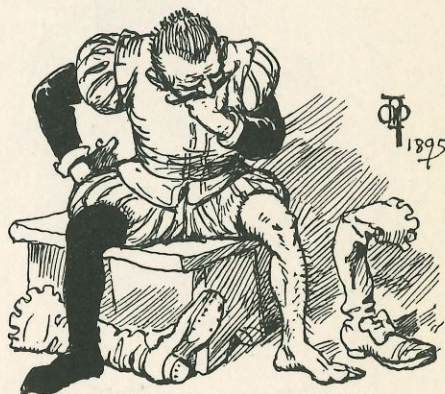
Laura Radenez, la esposa del artista. - 1894.



Ilustraciones varias bien características de Apeles Mestres.



26 Nov. 95



1895. - Historieta. Robar la media sin quitar la bota.



1903. -
Cue

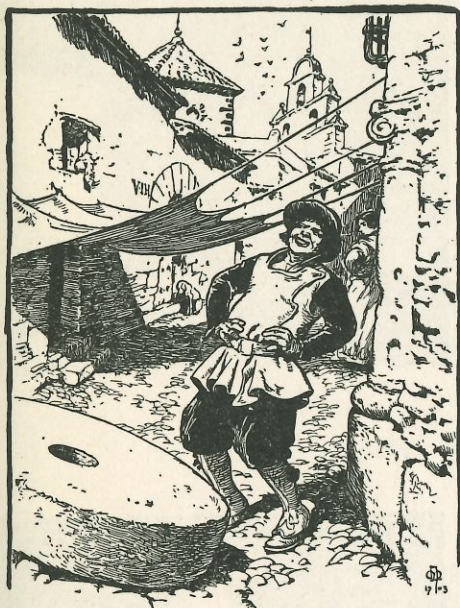


190

26 Nov. 95



Friso decorativo. - 1902.



1903. - "El peso de la honradez".
Cuento popular extremeño.



Final de capítulo.



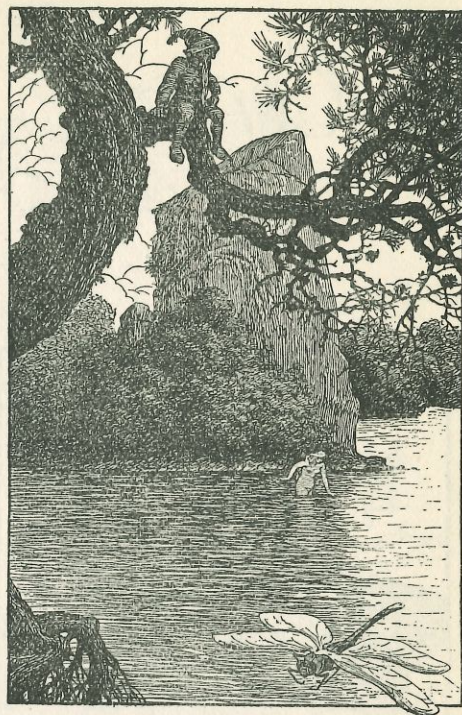
1906. - Los meses del Año



1907.



Canto 1.º

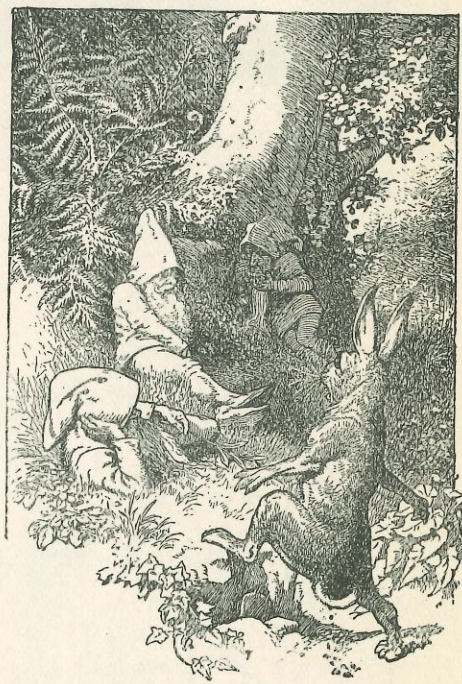


Canto 3.º

Del poema "Liliana". - 1907.

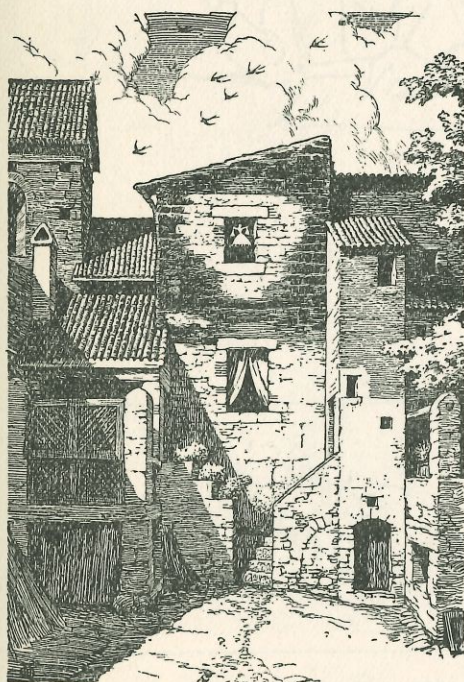
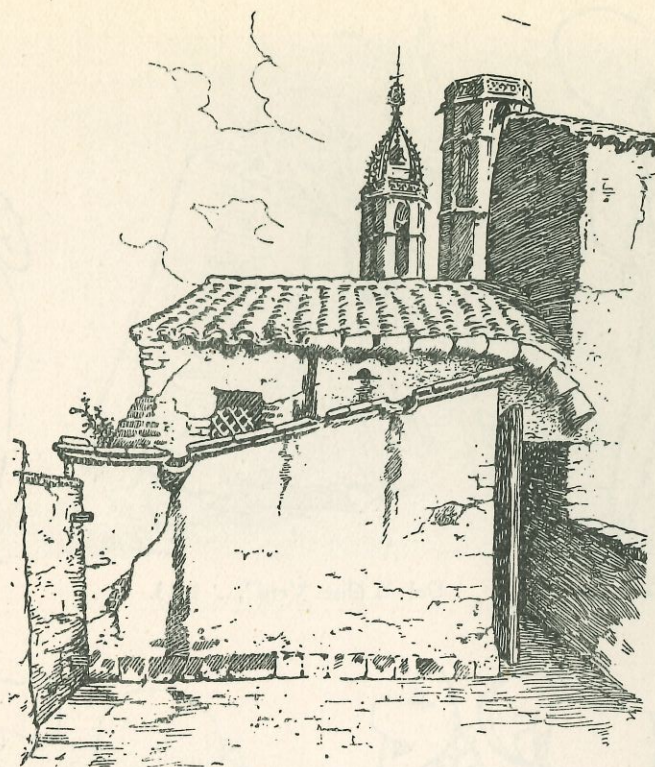


Canto 6.º



Canto 11.º





"La Casa Vella". - 1912.



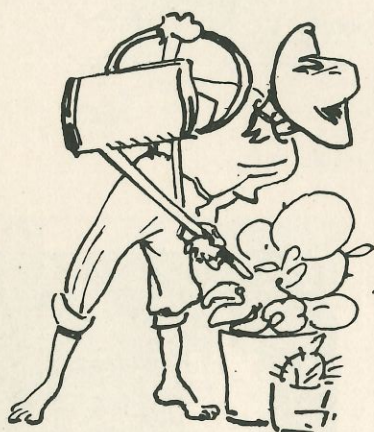
Pompeyo Gener.



Del "Libre Verd". - 1913.



La moda.



Auto-retratos. A los 31 años de empezado dicho "Libre".



1923. - Camino de la Sierra de Cardó.



1935. - Ciego ya, el artista aún dibuja para sus amistades.



1912. - y el composi



moda.



ún



1894. - De la Historia "En Doba i En Quiroba".



1912. - El violinista J. Thibaud y el compositor y pianista Enrique Granados.



El dibujante Daniel Urrabieta Vierge en su taller de París.



ESTA OBRA, PERTENECIENTE A LA SERIE DE PUBLICACIONES
DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN JORGE,
HA SIDO EDITADA CON LA COLABORACIÓN DE LA
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA.

★

IMPRESA EN LOS TALLERES GRÁFICOS
ALTÉS, S. L.,

TERMINÓSE EL DÍA 31 DE MAYO DE
1955